

## CAPITULO XX.

### LOS MEDIOS DE VENCER.

PERO, hermosa Hipatia, imagínate herida en la cara por una piedra bastante grande; á muchos centenares de miserables cayendo sobre tí como fieras. . . . dos minutos mas, y te habrían despedazado. ¿Qué hubieras hecho en semejante caso?

—Dejarlos que me despedazasen, y morir como he vivido.

—¡Ah! pero. . . . Cuando vieses la muerte delante. . . .

—¿Y por qué temeria el hombre la muerte?

—La muerte no, pero el acto de morir sí. Este puede ser, en tales circunstancias, verdaderamente desagradable. Si nuestro ideal Juliano el Grande creyó necesario disimular, y fué aun mejor cristiano que lo que yo he pretendido ser, hasta que le pareció llegada la oportunidad de arrojar la máscara, ¿por qué no disimularia yo? Considerame como un ser inferior á tí. . . . como una persona del vulgo, si quieres; pero penitente

que viene á hacer la mas completa reparacion posible, probando por la mas inesperada accion que es capaz, y tiene voluntad de igualar, si está en su mano, á Juliano mismo.

Tal era la conversacion que pasaba entre Hipatia y Orestes media hora despues que Filemon habia tomado posesion de su nuevo cuarto.

Hipatia miró al prefecto con tranquila penetracion, en que iba mezclado algun desprecio y temor.

—Y dime, ¿qué es lo que ha producido en tí este repentino cambio? Durante cuatro meses, tus promesas han sido estériles. . . . Hipatia no confesó cuánto se hubiera alegrado de que continuasen siéndolo.

—Porque. . . . Esta mañana he recibido noticias, que te comunicaré primero que á nadie como un cumplimiento. Cuidaremos de que toda Alejandría las sepa antes de ponerse el sol. Heracliano ha triunfado.

—¿Ha triunfado? exclamó Hipatia saltando de su asiento.

—Triunfado y destruido enteramente las fuerzas del emperador de Ostia. Así lo ha dicho un mensajero de toda con-



fianza. Pero si resultare falso todo esto, impediré que la noticia contraria se divulgue; si no, ¿de qué me valdría ser prefecto? ¿Vacilas? ¿No ves que si conseguimos mantener la idea viva solo una semana, nuestra causa está ganada?

—¿Y cómo?

—He tratado ya con todos los oficiales de la ciudad, y cada uno de ellos ha obrado como un hombre lleno de cordura, prometiéndome su auxilio, por supuesto, en caso de triunfar Heraeliano, pues se encuentran tan cansados como yo de esa corte santurrón de Bizancio. Además, los estacionarios son ya míos; también lo son los soldados que ocupan la orilla del Nilo. ¡Ah! te has figurado que había permanecido ocioso estos cuatro meses; pero... has olvidado que eras tú el premio de mi trabajo. ¿Podía haber negligencia en mí con tal objeto á la vista?

Hipatia se estremeció, pero no desplegó los labios, y Orestes continuó diciendo:

—He hecho que muchos buques de los que trasportan trigo descargaran una gran cantidad, aunque esos bribones frailes de Tabenne se hayan casi

anticipado á mi benevolencia, persistiendo officiosamente en dar de comer gratis á la mitad de los pobres de la ciudad. ¿Qué pueden proponerse en Alejandria?

—Supongo que querrán adquirir popularidad.

—Justamente; y de ese modo, ¿qué influjo ha de tener el gobierno con una multitud de pícaros, cuyos estómagos se llenan sin necesidad de nosotros?

—Juliano se quejó de lo mismo al alto sacerdocio de Galacia en esa inapreciable carta suya.

—¡Ah! tú arreglarás esto pronto. En cuanto á Cirilo, en los momentos presentes no le temo. Su opinion, entre las personas ricas é instruidas, ha padecido mucho expulsando á los judios. Y por lo que toca á la muchedumbre, cabalmente acaban los dioses de enviarme un don capaz de ponerla del buen humor que necesitamos.

¿Y qué don es ese? preguntó Hipatia.

—Un elefante blanco.

—¿Un elefante blanco?

—Sí, contestó Orestes, equivocando ó no comprendiendo el tono de Hipatia.



Un elefante blanco, real y efectivo; una cosa que no se ha visto en Alejandria hace cien años. Lo llevaban en compañía de dos tigres domesticados, como regalo para el niño que reina en Bizancio, de parte de uno de los cien reyezuelos de la hiperbórea Trapobana, ó de no sé qué tierra del remoto Oriente. Yo me tomé la libertad de embargarlos, y despues de una corta argumentacion, el elefante y los tigres están á nuestro servicio.

—¿Y de qué nos han de servir?

—Mi querida amiga.... Figúrate.... ¿Cómo hemos de atraernos á la muchedumbre sin un espectáculo?.... No se conocen mas que dos medios para poder ganar el todo ó parte del imperio romano: la fuerza de las armas ó la fuerza de la ostentacion y del fausto. ¿Puedes tú inventar un tercer medio? El primero es demasiado excitante y de difícil ejecucion hoy día; queda el último, y gracias al elefante blanco, su éxito puede ser seguro. Tengo que hacer alguna exhibicion cada semana. El pueblo se va cansando de ese pantomimo; porque desde la expulsion de los judíos cada vez se vuelve mas estúpido y hol-

gazan, habiendo perdido la mitad mas entusiasta de sus espectadores. Están hartos de carreras de caballos.... Ahora bien; supongamos que se anuncia para el dia mas próximo posible.... un espectáculo.... nuevo en la presente generacion. Tú y yo.... Yo como exhibidor, tú como representante (solo por el momento) de las antiguas vestales, sentados juntos.... Un amigo de confianza, cuando el pueblo esté fuera de sí de júbilo, gritará; *Viva Orestes César!*.... Otro les recordará la victoria de Heracliano.... Otro asociará tu nombre con el mio.... El pueblo aplaudirá. No faltará un Marco Antonio que se adelante y me salude como emperador, Augusto.... lo que quieras.... Yo rehusaré, tan suavemente como el mismo Julio César; y seré compelido á aceptar, sonrojándome, tal honor. Me levantaré, pronunciaré un discurso sobre la futura independencia del continente del Sur, sobre la union del Africa y el Egipto, no debiendo el imperio dividirse en adelante en Oriental y Occidental, sino en imperio del Norte y del Sur. Gritos de aplauso y dos dracmas por cabeza, harán estremecer el cielo. Cada cual creará que los demas



aprueban, y seguirá la corriente.... Así, el triunfo será seguro.

—Pero, preguntó Hipatia reprimiendo su desprecio y su desesperacion, ¿qué tiene eso que ver con el culto de los dioses?

—Tiene.... tiene.... porque cuando te parezca que los ánimos están bastante preparados, podrás levantarte á tu vez y pronunciar un discurso.... digno de tí. Mostrarás cómo tales espectáculos, gloria antigua del imperio, han perdido su brillo á causa de la supersticion galilea... Cómo la única senda que conducirá de nuevo á los goces de la vista y el oido, es la que lleve á la restauracion franca de aquellas divinidades de donde proceden, y sin las cuales no serán nunca completos. Pero no necesito enseñarte á hacer cosas que tú me has enseñado tan á menudo; así, tratemos ahora de nuestro espectáculo, que despues de las dádivas, es la parte mas importante de nuestro plan. Yo hubiera debido exhibirles el monge que estuvo ayer á punto de asesinarme, lo cual hubiera sido un triunfo de las leyes sobre el cristianismo. El y las fieras proporcionarian al pueblo diez minutos de di-

version. Pero la ira pudo mas que la prudencia, y el miserable ha sido crucificado hace dos horas. ¿No seria buena idea la de una exhibicion de gladiadores? La ley los ha prohibido, es cierto.

—¡Gracias al cielo! dijo Hipatia.

—Pero, ¿no ves que por esa misma razon, para mostrar nuestra independencia, debemos emplearlos?

—¡No! pues que han desaparecido, no hagas que vuelvan á afrentar la tierra.

—Querida amiga, no debes, siendo quien eres, decir eso en público, por miedo de que Cirilo tenga la impertinencia de recordarte que su extinsion ha sido obra de los emperadores cristianos y de los obispos.

Hipatia se mordió los labios y no contestó.

—Bien; no deseo poner en ejecucion nada que te desagrade. Si pudiéramos concertar unos cuantos martirios.... Pero á la verdad, me temo que háyamos de aguardar uno ó dos años, en vista del actual estado de la opinion pública, antes de intentar nada por el estilo.

—¿Aguardar? ¡Aguardar eternamente! ¿No prohibió Juliano (el cual debe



ser nuestro modelo) la persecucion de los Galileos, considerándoles bastante castigados por su ateísmo y su superstición!

—Otro pequeño error de aquel grande hombre. Deberia haber recordado que, durante treseientos años, nada, ni aun los gladiadores, habia puesto á la multitud de tan buen humor, como el ver á unos cuantos cristianos, especialmente mugeres jóvenes y hermosas, quemados vivo ó arrojados á los leones.

Hipatia volvió á morderse los labios.

—No puedo oír mas.... Olvidas que estás hablando á una muger.

—Sabiduría suprema, dijo Orestes en el tono mas blando, no debes suponer que deseo ofender tus oídos. Pero permíteme observar, como un teorema general, que el que quiere el fin, tiene que querer los medios; y los que cuentan en su apoyo cuatrocientos años de experiencia, son los mas seguros. Habló como un hombre de Estado.... y creo que tu filosofía no disientirá.

Hipatia bajó la vista como agobiada por algun pensamiento penoso. ¿Qué habia de responder? ¿No era demasiado

cierto lo que decia Orestes? ¿Los hechos, no hablaban en su favor?

—Bien; si es preciso.... pero imposible que consenta en que reaparezcan los gladiadores. ¿Por qué no una.... una de esas luchas con fieras? Son muy repugnantes, pero menos inhumanas que las otras; pues supongo tomarás todas las precauciones para impedir que los hombres sean heridos.

—¡Ah! eso seria una rosa sin olor! Si no hay peligro ni derramamiento de sangre, todo encanto desaparece. Además, las fieras cuestan hoy día muy caras, y si matase las que poseo, no podria proporcionarme otras. ¿Por qué no apelar á lo que no cuesta nada.... por ejemplo, á los prisioneros?

—¿Cómo! ¿Colocas á seres humanos por debajo de los brutos?

—No lo permita el cielo. Pero no cabe duda en que, en la práctica, son menos costosos. No olvides que sin dinero careceremos de poder, y que debemos reunir todos nuestros recursos para servir la causa de los dioses.

Hipatia permaneció en silencio.

—Ahora bien, hay cincuenta ó sesenta prisioneros libios, que acaban de ser



traidos del desierto. — ¡Por qué no haer que combatan con igual número de soldados? Son rebeldes cogidos en la guerra.

— ¡Ah! entonces, dijo Hipatia, como buscando justificación en algo, de todos modos están condenados á muerte.

— Naturalmente. Así los cristianos no podrian quejarse de nosotros por eso. ¡El cristianísimo emperador Constantino no expuso en el anfiteatro de Tréveris trescientos prisioneros germanos para que se matasen unos á otros!

— Pero ellos se resistieron, y murieron como héroes, cada cual atravesado por su espada.

— ¡Ah!... los germanos son gente difícil de manejar. Mi guardia se muestra igualmente inflexible. Para hablarte con verdad, les he consultado ya acerca de exhibir su valentía sobre esos libios; ¡y cuál crees que ha sido su respuesta?

— Se habrán negado, supongo.

— Me contestaron con el tono mas insolente, que eran hombres y no histriones; que estaban á sueldo para combatir, no para degollar. Yo esperaba un diálogo socrático despues de seme-

jante alarde de dialéctica, y me salió fuera.

— Tenian razon.

— Sin duda, considerando la cosa bajo un punto de vista filosófico; pero atendiendo á la práctica, se condujeron como grandes pedantes y faltaron á su obligacion para conmigo. De todos modos, encontraré bastantes héroes desgraciados en las prisiones que, por verse libres, acepten la propuesta; y unos cuantos gladiadores viejos que frecuentan aun las tabernas, los instruirán. Dejemos, pues, eso. Ahora discurremos algun espectáculo ligero... mas ó menos dramáticos... que deberá seguir.

— Te olvidas de que estás hablando á una que confia ser lo mas pronto posible gran sacerdotisa de Palas, y que entretanto está decidida á obedecer los mandatos de su tutor Jualiano á los sacerdotes de su época, y á imitar á los Galileos en su odio al teatro, tanto como espera en lo futuro imitarlos en su cuidado de la viuda y del extranjero.

— Léjos de mí el impugnar la sabiduría de ese grande hombre; pero permíteme observar, que juzgando por el es-



tado presente del Imperio, hay derecho para decir que se equivocó.

—El Sol-Dios, á quien amaba, le llevó á su lado demasiado pronto, concediéndole la muerte de un héroe.

—Y en el momento que faltó, la ola del barbarismo cristiano volvió á precipitarse en su antiguo canal.

—¡Ah! ¡Si hubiera vivido veinte años mas!

—El Sol-Dios, tal vez no tenia el celo que nosotros por el buen éxito de sus proyectos.

Hipatia se puso colorada... ¿Se estaria riendo Orestes, en sus adentros, de ella y de sus esperanzas?

—¡No blasfemes! dijo solemnemente.

—¡No lo quiera el cielo! Yo me limito á dar una de las explicaciones que tiene un hecho innegable. La otra es que, como Juliano no siguió por completo el camino que conducia á la restauracion del culto de los olimpianos, el Sol-Dios creyó conveniente quitarle de su puesto, y envia ahora en lugar suyo á Hipatia la filósofa, que sabrá evitar el error de Juliano y no copiar tan á la letra á los Galileos, imitando una severi-

dad de moral cuyos únicos verdaderos y naturales adeptos son ellos.

—¿Segun eso, el error de Juliano fué ser demasiado virtuoso? Entonces, déjame copiarle y equivocarme como él. La falta no será mia, sino del destino.

—Su error no consistió en ser demasiado virtuoso, sino en tratar de que lo fuesen los demas. Olvidó la mitad de la gran máxima de Juvenal: *Panem et Circenses*, á que debieran ajustarse eternamente los encargados de gobernar los pueblos. Probó á dar á éstos el pan sin los juegos del circo.... Y las gracias que recibió por su enorme magnificencia, dígalo él mismo y los buenos habitantes de Antioquía.... Tú acabas de citar su Misopogon.

—Sí.... el lamento de un hombre demasiado puro para su época.

—Justamente. Debiera haberse contentado con guardar dentro de sí su pureza, é ir á Antioquía, no meramente como un sumo-sacerdote filósofo, con una barba poco aseada, á ofrecer sacrificios á un dios en quien.... perdóname... nadie en Antioquía habia creído por muchos años. Si hubiera entrado, seguido de diez mil gladiadores y nuestro



elefante blanco; si hubiese construido un teatro de marfil y vidrio en Dafne, y proclamado juegos en honor del Sol ó de otro cualquier individuo del Panteon....

—Hubiera obrado de una manera indigna de un filósofo.

—Pero en lugar de aquel sacerdote único, arrastrándose, pobre diablo, por la yerba húmeda hasta el altar desierto, con su ganso bajo el brazo, hubiera visto á todos los gansos de Antioquía (perdóname el que me sirva de un juego de palabras de Aristófanes) correr con la boca abierta á adorar al Dios, conocido ó desconocido, y á ver los espectáculos.

—Bien, dijo Hipatia, cediendo por fuerza á los artificiosos argumentos de Orestes. Restauremos las antiguas glorias del drama griego; demos una trilogia de Esquilo ó de Sófoles.

—Espacio, querida amiga. Las Euménides serian á propósito, ó el Filocetes, si pudiésemos someter al héroe á un dolor verdadero y convencer á los espectadores de que gemia de veras.

—Eso seria horrible!

—Pero necesario, como otras muchas cosas horribles.

—¡Por qué no dar el Prometeo?

—Magnífico campo para el efecto teatral, sin duda. Aquellas ninfas Oceánidas en su carro alado, el Océano sobre su grifo.... Pero temeria presentar al pueblo á Zeus y Hermes del modo que lo hace Esquilo.

—No me acordaba de eso, dijo Hipatia. La trilogia Orestiana seria mejor.

—¡Mejor?... ¡Perfecta, divina! ¡Si tuviese yo la dicha de que mi nombre se trasmitiese á la posteridad, como el del restaurador de las obras maestras de Esquilo en el teatro griego! Pero... ¿No hay, con perdon del gran trágico, demasiado comedimiento en el Agamemnon para nuestro gusto actual? Si pudiésemos representar la escena del baño en el teatro, y matar realmente á un Agamemnon (aunque no insistiria en esto, pues es probable que un buen actor se valdria de ese pretexto para no admitir el papel)... pero con todo, el asesinato deberia verificarse ante el público.

—Eso seria un ultrage hecho á todas las leyes del drama. El mismo Horacio



no dice, sentándolo como regla: *Nec pueros coram populo Medea trucidet.*

—Hermosísimo y sapientísimo. Yo soy tan decidido discípulo del viejo vate epicúreo, como cualquiera hasta en lo relativo á adornar mi habitación, de lo cual podrá cerciorarse algun día la emperatriz de Africa. Pero no estamos ahora discutiendo el arte de la poesía, sino el arte de reinar; y al cabo, mientras Horacio, sentado en su cómodo sillón, daba á sus conciudadanos buenos consejos, un particular, que sabia mejor que él lo que llama la atención de la muchedumbre, exhibia cuarenta mil gladiadores en los funerales de su madre.

—Pero el cantor tiene su fundamento en las leyes eternas de la belleza. Ha sido admitido y observado.

—No por el pueblo, para quien se escribió. La docta Hipatia no ha olvidado seguramente que, cincuenta años despues de escrita el arte poética, Anneo Séneca, ó quien quiera que haya compuesto esa malísima tragedia llamada *Medea*, halló necesario que la heroína, a pesar de Horacio, matase á sus hijos ánte el público.

Hipatia nada contestó, siendo vencida á cada punto, mientras que Orestes prosiguió con provocadora volubilidad.

—Considera, por otra parte, que aun atreviéndonos á alterar algo á Esquilo, no hallariamos actores dignos de él.

—¡Es verdad!... ¡Dias degenerados!

—Y realmente, omitiendo el dudoso cumplimiento hecho á mí, como candidato para cierta dignidad, de haber el Orestes antiguo asesinado á su madre, y de ser despues perseguido en el teatro por las furias...

—Pero Apolo le vindica y purifica al fin. ¡Qué hermosa ocasion proporeionaría esta última escena para hacer revivir en el pueblo su antigua reverencia al Dios!

—Cierto; pero hoy la mayoría de los espectadores creará mas en los horrores del parricidio y en las furias, que en el poder de Apolo. Me temo que ese deberá ser uno de tus futuros trabajos.

—Y lo será, dijo Hipatia con alguna tristeza.

—¿No te parece, ademas, prosiguió el tentador, que esas tragedias darian una idea demasiado triste de las divini-



dades que deseamos restaurar. ¿Iba á decir, honrar nuevamente? La historia de la casa de Atreo, ¿es mas divertida, á pesar de su belleza, que uno de los sermones de Cirilo sobre el dia del juicio, y el Tártaro dispuesto á recibir á los ricos?

—Bien, dijo Hipatia, cada vez mas indiferente; seria mas cuerdo mostrarles antes el lado hermoso y apacible de los antiguos Mitos. Ciertamente, la grande época de la tragedia ateniense tiene su agradable reverso en la vieja comedia.

—Y en ciertos juegos Dionisiacos y procesiones que no nombraré, para despertar una devocion mas propia de los dioses, en aquellos que son incapaces de apreciar á Esquilo y Sófoeles.

—¿Espero que no pretenderás resucitarlos?

—¡No lo permita Palas! Quiero, sí, buscar algo que los sustituya.

—¿Y nos degradaremos nosotros porque las masas estén degradadas?

—De ningun modo. En cuanto á mí, todo eso, así como el prover lo necesario para las pantomimas semanales, me es tan enojoso como pudiera haberlo

sido al mismo Juliano. Pero, mi querida amiga. . . . *Panem et Circenses*. . . . Conviene divertir al pueblo, y solo hay un camino. . . . “Los goces de la carne, los goces de la vista, el orgullo de la vida,” como cierto galileo define corectamente el antiguo método romano.

—¿Divertir al pueblo? Yo deseo purificarle de nuevo para el servicio de los dioses. Si hemos de tener representaciones cómicas, solo será yendo unidas á la tragedia, que como dice Aristóteles, purificará sus afectos por medio del terror y la compasion.

Orestes se sonrió.

—Sin duda, nada objetaré á tan buena idea. Pero ¿no crees que la lucha de los gladiadores y los libios habrá conseguido eso ya de antemano? Nada se me figura mas á propósito á tal fin, sino es el método de Neron, de enviar á sus guardias para que cogiesen á los mismos espectadores y los arrojasen á las fieras en la arena. ¿Cómo debía purificar el terror y la compasion al digno mercader, que no sabia si habria de seguir á su gorda esposa entre las garras del león mas cercano!

—Te agradan los chistes, se sonreó,



dijo Hipatia, no pudiendo ocultar su disgusto.

—Mi elegida esposa, esto ha sido solo querer presentar una de las mas inofensivas *reducciones ad absurdum* de un principio abstracto de Aristóteles, con el cual yo, que soy platónico, como mi amada, no estoy de acuerdo. Sin embargo, tu sabiduría es la que debe dirigirme. Imposible que el pueblo aprecie tus designios a primera vista; eres demasiado sabia, pura y elevada para la multitud. Y por lo mismo necesitas adquirir poder para obligarla. Juliano últimamente vió que era preciso obligar... si hubiese vivido siete años mas, hubiera visto que era preciso perseguir.

—No quieran los dioses que tengamos aquí semejante necesidad.

—El único medio de evitarla, creeme, es halagar y complacer. Por el bien de ellos se hace.

—Cierto, dijo Hipatia suspirando, sigue tu marcha.

—Creeme; á tu vez seguirás la tuya. Ahora te suplico que te dejes dirigir por mí, á fin de que estés luego en posicion de gobernarme á mí y á la Africa.

—¡Y qué Africa! Bien: pues que han

nacido bajos y apegados á la tierra, deben ser tratados como tales: la culpa es de la naturaleza, no nuestra.... Sin embargo, jesto es degradante!.... Pero con todo, si el único método por el cual el corto número de individuos amantes de la filosofia pueden recobrar sus derechos, como los únicos designados por los dioses para regir el mundo, es complacer á esos bajos séres á quienes gobiernan para su bien.... sea así. Es una necesidad no peor que otras muchas á que el servidor de los dioses tiene que someterse en dias como los actuales.

—¡Ah! dijo Orestes desentendiéndose del suspiro con que acompañó la jóven sus palabras y de la amargura de su expresion; ya Hipatia vuelve á ser la que era; mi consejera, la que ha acostumbrado apoyar con profundas y celestiales razones cosas que yo, en mi corta capacidad, puedo solo sorprender y adivinar á fuerza de artificio. Tratemos, pues, ahora de nuestra diversion ligera, ¿Cuál te parece que sea?

—La que gustes, con tal que no sea, como muchas de su clase, impropia de una muger modesta. No tengo habilidad para idear locuras.